

Herbert Achternbusch \*

### **Al comienzo era el verbo...**

¿Quién no conoce la palabra “Momo”<sup>1</sup>, pero es japonés y significa “durazno”. Y el durazno me mira como si hubiera atravesado la eternidad.

Hace 30 años le escribí a Werner Herzog a Roma, contándole como me había entusiasmado la pequeña retro de sus films en el cine Arri de Munich. Estaba feliz de que finalmente existiera un cine de este género. Había visto a Griffith, a Ozu y Ray y ponía a la producción de Herzog en el mismo nivel. El no podía creerlo pero lo aceptó agradecido. Yo ya no soportaba todas estas incontinencias verbales ni tampoco las gesticulaciones filmicas de los años setenta. Werner plantaba su cámara como un poste. Y las palabras caían como guillotinas. Parecía una ejecución, se ejecutaba al limitado parloteo intelectual. Es que en este momento todos se mostraban tan inteligentes como hoy se muestran tan hábiles para los negocios. Solamente puede ser apropiado aquello que nos toca en lo más profundo de nuestro ser.

Por intermedio de Werner conocí a Josef Bierbichler, con quien hice mis obras de teatro. Estábamos sentados juntos en un bar, creo que era en febrero de 1975. Werner estaba redactando un contrato para una editorial que el mismo había fundado. Quería reclutarme. Pienso que quería reclutarme como guionista, como coautor. Pero yo no me sentía lo suficientemente fuerte para moverme a su lado. ¡Que sabia yo! Por otro lado percibía que nadie más podía ayudarle a salir de su estrechez verbal de la que buscaba despegarse. Cuando yo escribía volaba, sin estar atado a nada. Mis palabras eran tan solo partículas de polvo en un remolino. Werner necesitaba calibres grandes. Alguien del calibre del director de producción Walter Saxer, quién luego también me ayudó a mí a realizar algunas películas. Y por supuesto Klaus Kinski; el que era un par pero al mismo tiempo ofrecía algunas debilidades en la lucha cuerpo a cuerpo. Incluso Jack Nickolson hubiera resultado demasiado tosco y torpe para la delicadeza y el refinamiento de Werner Herzog, Siempre que nos cruzábamos de casualidad, como por ejemplo en Viena, yo me sentía feliz, elevado, exaltado, junto a un gigante a cuya sombra y con su luz uno querría caminar por un rato, si no fuera por que uno era un ciempiés que debía cuidarse de no desordenar nada, transmitiendo de todos modos, la impresión de que desordenaba todo, porque todo es de una obvia y excesiva estupidez.

Estuvimos unos días juntos en Escocia. Allí yo sentía que era alguien, quiero decir que también haría películas. El se entusiasmó por mi primer guión HERZ AUS GLAS (Corazón de cristal), nombre que creó él ya que a mí solo se me había ocurrido el tonto título DAS GLÄSERNE HERZ [Corazón cristalino]. En Glasgow dijo incluso en público que este era el mejor guión que había leído jamás. No se cuantos guiones había leído hasta ese momento, cientos por lo menos, o sea tantos como películas había visto, pero yo caminaba por la calle con la certeza de que ahora hablaba mucho mejor en inglés. Cuando además me dijo que quién criaba cuatro hijos también podía filmar, me quedé sin palabras. Ahora nada me podía detener. Gracias a Dios mis hijos resultaron mejores que mis películas. Sesenta años. Siempre era cuatro años más joven que yo. Me parece que todavía no se lo debería dar por muerto ya que aún tiene por delante el gran golpe, como yo todavía tengo por delante el amor más grande, al fin y al cabo no soy un realizador tan brillante. Ni

tampoco soy Cristo. Una vez, mientras deambulaba desesperado por su oficina, el dijo que yo me comportaba como un Cristo sufriente. En este momento me contuve para no decir quien de los dos era un Cristo sufriente. Yo era más bien como San Pablo charlatán y jactancioso. Hoy ya no me soporto así, simplemente me siento imposible. Esta caterva religiosa intenta todo el tiempo seguirte desde la penumbra. Una sola vez lo hice enojar a Werner al insistir con John Ford. Mis deseos acerca de John Ford finalmente fueron cumplidos por Kurosawa. *Kagemuscha*, la satisfacción suprema.

“Kagemuscha” significa algo. “Hirse” [mijo] también significa algo, pero cuando Werner pronunciaba esta palabra adquiría un significado propio, fuera de contexto, que lo sacaba fuera del marco de referencia, como decir arroz o papa, transformándolo en H i r s e. Tenía el don de resaltar palabras como algo muy precioso, simplemente celebrarlas como lo más precioso. Una vez caminábamos en el límite del bosque de Bohemia donde yo siempre visitaba los pantanos altos. Le mostré un área que se llama “Hochgefichtet”. Estaba encantado por la palabra pero también por como se pronunciaba, yo la articulaba sin dialecto y letra por letra.

Y hoy digo: tengo suficiente edad para ser joven. Esta sensación de ser joven cada vez me vuelve a sorprender, porque siempre había sido el viejo, siempre con cuatro años más. Dentro de mí todo era viejo, acabado, gastado e ignoto, perdido para la eternidad. Cuando me encontré con Werner, había llegado otra vez a este punto. Había escrito DIE STUNDE DES TODES [La hora de la muerte] y a él le gusta tanto que no solo adoptó el diseño de la tapa para su libro sino que se puso visiblemente ansioso diciendo que me necesitaba como colaborador. Para ser breve: Werner me despertó a la vida como tan sólo puede hacerlo el amor. Que yo haya superado inmediatamente todo el malestar que sentía escribiendo, que me torturaba, me desmoralizaba y me volteaba, es lo que se podía esperar de un escritor. Y todo esto ocurría como si fuera un paseo. Tengo que admitir que la adicción de Werner por las palabras me estimuló y si siempre sigo escribiendo aún de tonterías, sé que sin él no hubiera hecho ninguna película y sin estas películas probablemente hubiera dejado de existir como escritor. Por eso es que quiero dedicarle, antes de llegar al final, una frase que llevo dentro mío desde hace un tiempo: El CSU (el partido Unión Social Cristiana) ha aportado tanto a la liberación de los hombres como los orangutanes a la invención de las jaulas.

En estos lugares de húmeda soledad se encontraba mi emisora. Tenía que mostrárselo a Werner. Algunas de las cosas que hice resultan comprensibles y no me hubiera animado a ir tan lejos si Werner Herzog no hubiera sido tan loco – pero siempre supimos que lo artístico, sea lo que fuese, no se puede separar de nada y que no tiene nada que ver con la unidimensionalidad de pasquín propia de la producción actual. Quiero decir: En este momento estoy viviendo una historia a la Herzog: Estoy instalado en la Puerta de Isar, y me invitan a unirme a los “Independents”, liderados por Ulla Rapp – esto coincide con la realización del Festival de Cine de Munich, en donde se pavonea la gente de la televisión, todo me resulta desagradable y me niego.

En este momento un murmullo respetuoso me hace dar vuelta: docenas de managers de Toyota se inclinan como el junco en el agua delante de Eiji Okuda, un actor japonés muy conocido. Para nosotros esto es de una ridiculez suprema. Okuda realizó su primera película completamente solo, como productor, guionista, en el rol principal, etc. ¿Qué más se puede hacer? Nada, o sí: siempre lamenté que Werner no actuara en sus películas. Pero ahora Ulla me dice que una de las chicas me ama. Ser amado por una japonesa de 21 años es un motivo de gran alegría para cualquier macho, no importa la edad; y si fuera un

genio erótico, me moriría ahora mismo. Ella estudia pintura en Londres y me ha pintado varias veces sin conocerme. “Hochgefeichtet”, de allí surgió, “Momo”, “durazno”, d u r a z n o, a Werner Herzog le debo el hecho de poder disfrutar esta palabra de esta manera. Cuando lo conocí, me dio el mismo impulso que me da ahora. Pensé que me mareaba. Pero esto no pasa: es normal. Todo lo demás es catastrófico. Estoy agradecido.

Y ¿cómo nos conocimos?

Yo quise saber si “I shin den shin” era japonés o chino. Comprender de oído a oído, sin tener que decir nada. Es japonés.

Julio 2002

\* Texto publicado en el catálogo de la muestra de fotografías organizada por el Goethe-Institut y el Filmmuseum Berlin/Stiftung Deutsche Kinemathek, edit. Jovis Verlag GmbH, 2002

Traducción: Inge Stache

---

<sup>1</sup> NdT: Por la popular novela de Michael Ende, “Momo”.